

Julián: Me llamo Julián Manjarrés, soy músico oboísta, soy de Colombia, del Tolima, Ibagué. Vine a Barcelona a estudiar un máster de interpretación, y bueno, aquí estamos.

Edgar: Mi nombre es Edgar Macías, tengo 74 años, soy jubilado. Nací en Colombia, en un pequeño pueblo, Icononso, en el Tolima. Desde hace algunos meses resido con mi esposa en Barcelona.

Estoy estudiando catalán, soy el más viejo de la clase. Allí he tenido la oportunidad de conocer a jóvenes de diferentes nacionalidades, entre ellos Julián, un joven emprendedor de gran calidad humana.

Julián: Bueno, he trabajado de todo, he pintado casas, he hecho acarreo..., sobre todo he cuidado a gente mayor, que eso es lo que creo yo que me ha marcado más, por la convivencia que tiene uno con las personas, y en especial cuando están enfermas y en sus últimos momentos, ¿no? Y eso te hace ver la vida completamente diferente, ¿no? Enfrentar la muerte, por ejemplo, de algunos casos. Yo personalmente siento que me encariño muy fácil de las personas, y con algunos siento que he tenido un *feeling* muy bueno, con otros no tanto, pero siempre pensando en que esto igual es un proceso, yo esto obviamente no es mi profesión, no es mi trabajo, pero lo hago con mucho respeto, y sé que es como una etapa, porque sí es verdad que he podido tener un bolo, que tocar en esta orquesta, que hacer aquello, pero son cosas muy esporádicas, ¿no? Algo que va saliendo, pero digamos que lo que más me ha generado ingreso es cuidando a gente mayor.

Edgar: Sé que lo hace, como lo ha mencionado, por tener unos ingresos, pero por encima de esos ingresos lo hace con dedicación, con amor, con respeto.

Julián: Las personas que me conocen son las mismas personas que me dicen: “Oye mira, tengo una amiga que necesita a alguien que le ayude con su esposo, y pues tú necesitas trabajo, entonces pues ¿por qué no vas?” Ellos ya saben, le cuentan un poco de mí, y yo llego y siempre cuando estoy con ellos, mi condición es que pueda estudiar, que me dejen tocar oboe, pues porque igual no puedo dejar de hacerlo, ¿no?

Llegar con una ilusión, luego pasar por momentos difíciles, hasta no tener un lugar donde dormir. Claro, en la pandemia se cerró todo, entonces no tener cómo buscar un trabajo, no tener como un ingreso, ¿no? Entonces ahí empieza la cosa a complicarse. En ese momento yo tenía creo que 200 euros en el bolsillo, y yo, o sea, no los puedo gastar en un hostel o esto, porque en tres, cuatro días ya me quedo sin nada. Me tocó entregar la habitación, un amigo me hizo el favor de llevarse mis cosas a su casa, y yo creo que te decía el oboe en la espalda, una ropita y me acuerdo de que me fui para el parque de Glorias, porque ahí cuando llegué había internet gratis, y yo me senté ahí a pensar “¿Y ahora qué hago?”.

Yo creo que nunca había llorado tanto en mi vida como ese día, porque claro, pensar que yo trabajaba en la Filarmónica Juvenil, que primer oboe, que las becas..., y llegar aquí a esto, es un golpe de realidad, no de que uno se sienta avergonzado, porque jamás me he sentido avergonzado por trabajar en otras cosas, sino es como eso, como ver cómo la vida le cambia a uno. Yo venía aquí con una ilusión, totalmente, una visión muy diferente, y las circunstancias de la vida te obligan a que uno tiene que levantarse. Claro, yo no me cierro la posibilidad de

trabajar en Latinoamérica, pero quiero primero intentarlo aquí, intentar a ver qué pasa, y si lo consigo fantástico, y si no, seguro conseguiré algo en una orquesta en cualquier otra parte del mundo. Anoche me recordé y dije “yo quiero ser músico de orquesta otra vez”, la experiencia de haber tocado toda mi vida en orquesta, como que tratar de que no se me olvide eso, que es lo que realmente me gusta.

No todas las familias, no todas las personas con las que yo he trabajado, pues entienden un poco este mundo de la música, son personas que digamos que no les importa, pero también he coincidido con personas que sí. Nos estábamos conociendo con la señora, pues porque no nos conocíamos, yo había hablado con el hijo, por teléfono siempre, y ella dijo como “Bueno, es que a mi marido no le pongas reguetón, porque, o sea, de entrada, le vas a caer muy mal”. Entonces yo la miré con una sonrisa, yo le dije “No, yo no le voy a poner reguetón, a mí me gusta escuchar Beethoven y Tchaikovsky, Mozart...”, y ahí es donde, digamos que cuando coincido con este tipo de personas que les gusta la música clásica o que comparten ese gusto, para mí el trabajar se convierte en otra cosa.

Por ejemplo, estuve con un señor, con Juan. Él, bueno, estaba enfermo, ya era una persona mayor, y yo tenía que acompañarlo un poco, o sea, como ir, estar con él, de pronto ayudarlo a caminar un poquito, a que se moviera, y para mí fue muy sorprendente cuando me dijo “Es que a mí me encanta escuchar Tchaikovsky, me encanta Beethoven, concierto para violín de Tchaikovsky”, y yo como “¿Qué?”. Entonces un día me dijo: “No, mira, es que me dijeron que tú eres músico, yo nunca he visto un oboe.” Entonces ir a trabajar, ir a acompañarlo, llevar el oboe, enseñarlo, tocar un poco... es algo muy bonito, como que yo me sentaba con él, por ejemplo, y a él le gustaba que escucháramos, la última vez que estuve con él, escuchamos toda la Sinfonía n.º 7 de Beethoven y de Tchaikovsky la quinta, y yo estaba ahí con él, y verlo a él como se desconectaba, como por unos minutos él se olvidaba de su realidad, de pensar en otra cosa, es algo muy bonito, es algo que sí, es un trabajo y todo, pero hace que este tipo de trabajo sea más amable, como que tú ves la cara de la persona, cómo disfruta de la música o de ese momento, y como que tú también lo ves y uno dice, bueno, por lo menos estoy ayudando a que se olvide de su realidad dolorosa o que no piense en lo que está pasando en ese momento, y yo creo que eso es algo que en general hace la música.

Sí es verdad que antes yo pensaba como, el día que uno ya no está, el miedo de no saber qué pasa, que a todos, todo el mundo lo tiene, pero digamos que cuando tuve, claro, mi primera experiencia con la muerte, fue una experiencia muy bonita, ver cómo se compartía ese último momento de su pareja, la señora acompañándolo, un momento muy íntimo, eso fue para mí como verlo totalmente diferente, y las palabras de ella, que me decía que la muerte es parte de la vida y nosotros no estamos acostumbrados a verlo de manera natural, porque es que la muerte no es dolorosa, lo que duele es la enfermedad, lo malo es la enfermedad, cómo lo pasas. Entonces claro, empezar a ver cómo esas parejas se cuidan en sus últimos momentos, empiezo a pensar cómo, por Dios, si yo en algún momento tengo la fortuna de llegar a una edad tan avanzada, poder compartir algo con esa persona que yo decidí amar toda la vida, que me acompañe, no solo, como dicen en el matrimonio, en la salud y en la enfermedad.

Edgar: Una visualización, cómo veré a Julián en el futuro: estoy caminando por las calles de Barcelona, entro a un bar, ojeo el periódico que está sobre la barra, veo en la página cultural un título: “Oboísta colombiano triunfó anoche en el Palau de la Música”, y abajo el rostro

radiante de Julián. Se me acerca el camarero y me pregunta: “¿Le puedo ayudar en algo?” Lo miro y le digo: “No, gracias”, sin poder contener las lágrimas que brotan de mis ojos y ruedan por mis mejillas.

Julián: Me quedo sin palabras, yo supongo que tendré que seguir luchando por las cosas que quiero y seguiré luchando por eso porque estoy en un proceso y esto todavía hasta ahora empieza.

Voces de Edgar Macías y Julián Manjarrés

Música de fondo interpretada por Julián Manjarrés

Edición y producción: Camilo Macías

Guion y dirección: Edgar Macías